

# El Beltrán que Conozco

162

L.P. 09/103/1956, 110 por Sebastián Salazar Bondy

Cerca de cuatro años hace que trabajo en LA PRENSA a órdenes de Pedro Beltrán. Ha bastado este breve tiempo para desterrar de mí los prejuicios que, ganado cándidamente por la negra publicidad de los enemigos de este hombre singular, alenté sobre su persona y su conducta, casi sin reservas, antes de conocerlo y tratarlo. La técnica del desprestigio ha alcanzado entre nosotros la perfección, y como no hay norma ni dispositivo que impida rigurosamente la calumnia pública — y ahí está la nauseabunda prensa amarilla de estos días—, no ha sido nunca difícil a los profesionales de la maledicencia interesada deformar la imagen de un individuo hasta convertirla en lo justamente opuesto a la realidad. Puedo decir, por ello, que, al aceptar con juvenil ligereza la versión que de Beltrán pusieron en circulación sus adversarios, me equivoqué absolutamente. Y ese error, explicable por la eficacia de la propaganda que fui obligado a consumir en las épocas durante las cuales es sencillo conquistar el corazón de alguien puesto súbitamente y sin preparación en la vida, ha tenido una rectificación reconfortante. Ella inspira estas líneas.

Las primeras experiencias de la tarea periodística al lado de Pedro Beltrán contradijeron radicalmente el concepto que tenía sobre él. No oculto que supuse que se trataba de una apariencia, de un disfraz. Me resistía a creer que había sido posible adular una personalidad en forma tan definitiva. Bien pronto, sin embargo, tuve que reconocer que el Director de LA PRENSA era, ante todo, lo contrario de la culpable frivolidad de la llamada clase dirigente. Se trataba de un hombre serio, seriamente preocupado por el Perú y su destino, seriamente entregado a la labor de reclamar una organización mejor de nuestra comunidad, seriamente atento a encontrar soluciones modernas y efectivas para nuestros más viejos problemas. Y a partir de ahí, tuve que reconocer que yo, un izquierdista, tenía en común con Beltrán, señalado calumniosamente —quizá a raíz de algún desacuerdo— como representante del Perú tradicional, o sea, del Perú injusto, muchas ideas básicas. El estaba colocado en una posición crítica, en una posición combativa, movido primeramente por su convicción de que esta patria necesita urgentemente una reforma social a fondo, y esa actitud entrañaba una negación tácita del antiguo y cruel orden en que hasta hoy vivimos. A la postre, por principio, por consecuencia conmigo mismo, por impostergable deber de honestidad e independencia, hice íntima enmienda de mi yerro.

Es necesario, no obstante, que deje sentado que mi adhesión a Pedro Beltrán —que no es solamente la del subordinado a su jefe, sino principalmente la del amigo al amigo— se nutre también de divergencias. Aquí, en la mesa del Departamento Editorial de LA PRENSA, discutimos todos los días sobre los problemas de todos los días y de siempre. Y aquí nadie está obligado a decir si

cuando piensa que es no. Tenemos a orgullo exponer cada uno nuestro particular punto de vista, aunque resulte descabellado. Las páginas del diario están disponibles —como el lector sabe que ha ocurrido— para los redactores que, en caso de esencial discrepancia, querramos dejar a salvo nuestra opinión. Esto es, en el sentido más activo y saludable del término, Democracia, y en tal escuela mis cuatro años en LA PRENSA han sido una constante lección de unión y libertad. Porque, a diferencia de la mayoría de los dirigentes de nuestras instituciones —desde los partidos políticos hasta el parlamento—, Beltrán ha sabido convencerse de que sólo en el libre juego de las ideas, en el ejercicio permanente del hábito de hablar y saber escuchar, se logra la cohesión. Tenemos, gracias a esta práctica, una común pasión: el Perú, y desde ella elevamos nuestra voz para arribar a la finalidad que, cada cual a su juicio, le sueña.

Prescindo ahora de las enseñanzas de Beltrán en el terreno de la técnica periodística, pues ello requeriría bastantes páginas más. En LA PRENSA, porque él lo quiere así, no hay listas negras, no hay tabús, no hay silencios comprometidos, ya que la información es para ese lector anónimo y generoso que por ningún motivo merece ser engañado. Y hay también, porque de él hemos aprendido a respetar y hacer respetar ese derecho, un parecer, que jamás suponemos infalible, sobre cada suceso. Eso explica por qué nuestro Director, en la hora del atropello contra su persona, tuviera a su lado, en torno de él, sin defecciones, a un centenar de hombres de toda condición dispuesto a defenderlo contra la violencia más encarnizada e incivil. ¿Cuántos dirigentes en el Perú —donde la historia ha dado más de una prueba de que en los instantes graves los hombres se quedan solos— pueden tener este simple y emocionante testimonio de lealtad? Que cada uno de aquéllos se lo pregunte a sí mismo.

Los de LA PRENSA —y el que esto firma entre ellos— conocemos bien la razón de nuestra lealtad a Pedro Beltrán. Es probable que muchos llegaran a esta redacción como yo, con la idea de que quien conducía el periódico era el déspota que la calumnia ha difundido entre los crédulos y los intonosos. Hoy sabemos que se trata, ante todo, de un noble peruano que siente el drama del Perú y que, desde las columnas de un diario que no hace solo, quiere justicia y bienestar para su pueblo. En El Frontón paga, como tantos otros antes, el crimen de haberse dado a dicha misión, en vez de elegir el camino de indiferencia o complicidad que preferió un gran porcentaje de la gente de su clase. Ello nos demuestra ahora, con evidencia que no habrá quien conteste, que Pedro Beltrán es un hombre que está por encima de la conspiración que contra su nombre se urdió ayer y hoy, y que en su puesto, conforme a sus ideales, que se pueden o no compartir, su figura es ejemplar.